

Las Admoniciones de San Francisco

El itinerario “sanfranciscano” de discernimiento espiritual (V)

2.4. El itinerario de discernimiento en la vida de Francisco.

La propuesta que hacemos en el presente estudio no se limita a un modo de clasificar y leer las Admoniciones, sino a una lectura del *corpus* desde el mismo San Francisco, tomado desde los principales prismas que nos pueden acercar a él, para poder después aprovechar la fuerza del *feed-back* que tiene todo escrito cargado de valor autobiográfico y releer al Santo y a su propuesta espiritual desde la óptica de un escrito que recoge *de su mano* el fruto de toda una vida.

Nos disponemos ahora a otear *las formas de penitencia* que expresaban la expropiación del propio ego en el Santo, un signo que respalda, un poco más, nociones como itinerario, síntesis de madurez, camino vocacional o propuesta autobiográfica tan importantes para el presente estudio.

Si bien hay en todo el camino vocacional de San Francisco elementos que son constantes y rabiosamente presentes desde el inicio de su conversión (el primado de la gracia, la obediencia inmediata a la Palabra, la piedad concreta y la devoción radical entendida como restitución) otros, sin dejar de estar presentes en ningún momento, han sufrido una evolución y un crecimiento más notable. Nos referimos concretamente al discernimiento y a la expresión de su incondicional desapropio.

Un acercamiento a la forma de percibir la clave existencial –la vida de penitencia- que dio nombre al pequeño e incipiente grupo de menores como penitentes de Asís así como a la elaboración y asunción de sus rasgos narcisistas ¹ pueden servirnos de espejo para atisbar el desarrollo de la sensibilidad natural de San Francisco de Bernardone y su orientación hacia *el desprecio* ² de todo lo mundano.

¹ CHARRON, *De Narciso a Jesús*, 127-146.

² “corde sunt qui terrena despiciunt (‘despicere’)”. RODRÍGUEZ-ORTEGA, *Los Escritos de San Francisco de Asís. Comentario filológico*, 387. Este profundo estudio filológico de los Escritos de San

2.4.1. La vida de penitencia en los últimos años de Francisco

El término *penitentia* puede ser leído desde la voluntad de conversión entendida como una entrega plena al servicio del Señor dejando a un lado todo lo que no responda al *camino* de su voluntad, lo cual significó para el Santo cosas diversas en las diversas etapas de su vida ³.

Desde lo expuesto por San Francisco para los frailes en el capítulo XXI de la Regla no Bulada y ampliado para todos los fieles en la carta que los tiene como destinatarios, San Francisco expone la llamada a la vida de penitencia no desde la fácil elocuencia negativa centrada en *infundir terror* a los oyentes para consolarlos finalmente con la imagen del cielo, sino encendiendo las almas con un canto a la realidad de Dios, a la alabanza y acción de gracias por un amor que es todo bondad y que salva por la fuerza omnipotente de su misericordia ⁴.

Este matiz del *itinerario vocacional sanfranciscano* (la vida de penitencia) encuentra expresión en los cambios de las formas de ejercitarse en ella. Desde las *mortificaciones inmisericordes* con las que ponía bajo control al hermano asno a exigir a los hermanos reunidos en Capítulo el desprendimiento de todo *instrumento de penitencia* ⁵, encontramos un San Francisco que no sólo vive en obediencia inmediata a la Palabra bajo la moción del Espíritu ⁶ sino que descubre, goza y crece con la celebración de su encuentro con la gracia en el centro de su voluntad. Sólo bajo

Francisco, quizá el mejor de su género, pone de manifiesto que la noción de pureza desde la que el Santo vive y nos lega esta Admonición XVI (“La pureza de corazón”) es herencia de la tan presente mística agustiniana. Lo que el citado estudio no apunta es que *despiciunt* (“despicere”), además de *desprecian*, puede ser traducido como *miran desde arriba* o *miran hacia abajo* lo que es mucho más concorde con una lectura de la Admonición XVI que tome como su contexto propio el vitalismo apasionado del santo de la pobreza y la alegría. Cfr. MATURA, *En oración con San Francisco de Asís*, 65-66.

³ Cfr. K. ESSER, *La penitencia según San Francisco*, Selecciones de Franciscanismo, 17-18 (1977), 270-276.

⁴ “La conversione personale arriva così, senza sforzo, sotto l’azione della grazia. E il peccatore capisce meglio alla fine del discorso, il rischio di una morte in peccato”. IRIARTE, *Temas de vida francescana*, 115.

⁵ Cfr. Mem 21 (FF 607); Comp Ass 2 (FF 1546).

⁶ “A esta escucha amorosa de Dios y a este diálogo con Dios sigue naturalmente la obediencia amorosa, como se dice de San Francisco: ‘no se había hecho sordo a las palabras del Evangelio, sino que, por el contrario, reteníendolas con laudable tenacidad en su mente, procuraba practicarlas con suma diligencia’”. K. ESSER – E. GRAU, *La oración, desarrollo de la vida de penitencia*, 180.

semejante moción y amparo San Francisco pudo alcanzar la victoria sobre los *más feroces* instrumentos de penitencia que sufrió en la muerte a su propio ego, en el desapropio *de su obra* en las manos del verdadero Señor de la *Orden*.

No vivir en penitencia es desconocer o rechazar el encuentro de la libertad de Dios con la propia, rechazando así el que la última realmente lo sea bajo la iniciativa del Espíritu Santo que abre al fiel a la luz de Cristo conduciéndolo hacia el Padre ⁷ saliendo así de la ceguera de la vanidad, de la ceguera espiritual de *ver sin creer* ignorando la Sabiduría de Dios que resplandece en la *kénosis* del Hijo crucificado que invierte los valores que rigen la vida mundana ⁸.

Así pues, vemos en San Francisco una transición desde el *absoluto* del voluntarismo ascético de los inicios, incendiado en *sus* propios deseos de santidad, a la absolutización de lo único que es Absoluto ⁹ para mirarlo todo –también el empeño por la propia dedicación a Dios- desde esa sabiduría vital que es don, luz y fuerza que purifica, que expropia y hace de la pasión, del vitalismo y del deseo –siempre empeñado y plenamente entregado- lugar de encuentro y ocasión para celebrar la santidad en fraternidad ¹⁰.

⁷ “Anche nella prospettiva di Francesco, infatti, il ruolo dello Spirito è sempre relativo e mai alternativo alle altre divine persone, e in particolare al Figlio; quando diciamo relativo e non alternativo, intendiamo sottolineare il fatto che lo Spirito non assume nei confronti del credente il ruolo di meta ulteriore rispetto a Cristo ed ultima rispetto all’itinerario cristiano, quasi come un traguardo finale che permette di entrare in una relazione superiore e spirituale con Dio, ma si rivela sempre come presenza che riconduce l’uomo di fede alla relazione con il Figlio e con il Padre”, VAIANI, *Vedere e Credere*, 89.

⁸ Cfr. IRIARTE, *Temi di vita francescana*, 115-122. Esta radical metanoia que expresa San Francisco en su Testamento es el punto de inflexión que bien podemos representar con “la ora décima” del cuarto evangelista (Cfr. Jn, 1, 39). La metanoia supone la inversión de valores, la conversión de corazón –mente, afectos y conducta- propia de la lógica de la cruz que irrumpe en la lógica de lo humano en la Encarnación, misterio que San Francisco vivía tan íntimamente relacionado con la Eucaristía y con el modelo del amor maternal (Cfr. Ep Fid II . 53. FF 200).

⁹ Aunque de difícil identificación en lo relativo al contenido, la carta a la señora Jacoba, fray Jacoba, es un documento que tiene por autor a Francisco como recogen numerosas fuentes hagiográficas (cfr. ESSER, *Gli Scritti di S. Francesco d’Assisi*, 596-597). En esta carta Francisco se muestra, aun moribundo, con una sensibilidad ascética del rigor que todos conocemos mas pide le sean traídos, junto con diversos objetos con miras a su mortaja y sepultura, unos dulces con los que la noble romana agasajaba al Santo con su cómplice deleite (ver EpJac FF 253-255). Esta enorme libertad interior nos muestra la meta a la que el camino de penitencia conduce por la senda de la mortificación del propio ego bajo formas tan distintas como distantes.

¹⁰ Un proceso semejante al descrito respecto de la *vida de penitencia* lo encontramos en el siguiente artículo de O. Schmucki referido a la vida de San Francisco bajo la luz de la oración. La referencia nos

2.4.2. Del *egocentrismo santo* de Francisco al *paso de la autotranscendencia (de San Damián a La Verna)* ¹¹

La penitencia entendida como la existencia vivida por y para la pertenencia radical a Dios unifica extraordinariamente a la persona conduciéndola hacia la armonía original donde discernir el bien y salir a su encuentro no eran dos sino una sola cosa. San Francisco fue puesto sobre esta senda y guiado a través de la reconstrucción de una personalidad fragmentada (el “*ego*” y el “*Tú*” de Dios como *dos señores* para un solo corazón) que más era reconstruída cuanto más se perdía para sí misma encontrándose en Dios ¹².

En los remotos años de su búsqueda, allá por el 1205 o 1206, Francisco compuso la que es su oración más breve mas no como una flor temprana que ha estallado en los labios de San Francisco de improviso, sino que es el fruto de la búsqueda anterior y signo del inicio de una conversión que *tocará puerto* solamente cuando el Santo deje de *hacer pie* en el caudaloso rio de los acontecimientos de su vida sin por ello turbarse o agitarse lo más mínimo ¹³.

parece necesaria más que interesante ya que a medida que la personalidad y la identidad de San Francisco se integraba y se reconciliaba más esas dos dimensiones se fueron haciendo dos caras de la misma realidad, apoyadas en la misma motivación (una *sequela imitatio Christi* celebrada como encuentro) y regidas por el mismo principio vivificador (el Espíritu del mismo Señor y su santa operación). Cfr. O.SCHMUCKI, *San Francisco, juglar y liturgo de Dios*, Selecciones de Franciscanismo, 8 (1974), p. 134-165 (142-165).

¹¹ Referencia base para este apartado dedicado a las dos oraciones que *acotan* el itinerario vocacional de San Francisco serán sendos artículos de L. Lehmann publicados en Selecciones de Franciscanismo en el 1991 y 1994 respectivamente. *En busca del sentido. La oración ante el crucifijo de San Damián*, 65-76; *Tú, tú, siempre tú y en todas las variaciones*, 122-138.

¹² “Los ojos de San Francisco son simples, sencillos, limpios [...]; reflejan lo esencial de su personalidad. Su mirada refleja la limpieza del corazón del hombre como salió originariamente de las manos de Dios. Sus ojos son admiración y gozo ante todo lo bello [...] Por encima de todo, la mirada de San Francisco revela un ser habitado por Alguien. El que se cruza con su mirada, encuentra en ella la ternura, la paciencia, la misericordia de Cristo.” M. STEINER, *La mirada de San Francisco, reflejo de la de Cristo*, Selecciones de Franciscanismo, 36 (1983) 363-374 (363-364).

¹³ “Se noi sapesimo adorare, soggiunse Francesco, nulla potrebbe più turbarci. Se sappesimo pregare, percorreremo la terra con la tranquilla sicurezza dei grande fiumi” E. LECLERCQ, *Sapienza d’un povero*, Edizione Biblioteca Francescana, Milano, 1963, p. 98.

El Francisco que *siente, reza y transcribe* la primera de las dos oraciones que encabezan este apartado, desde hace mucho tiempo ya no es el *tarambana* de alocadas noches y fiestas repetidas que en la casa familiar es arropado por las esperanzas paternas. Todo esto se le ha esfumado –y no a su pesar- y algo se le ha resquebrajado dentro con los sueños de grandeza que, siendo fuertemente zarandeados, se han reafirmado para alentar un deseo que *hoy* Francisco acierta a expresar en la iglesita donde se ha sentido impulsado en el espíritu a entrar ¹⁴.

Ante la belleza de un Cristo ya no clavado en cruz sino lleno de vida y majestad, un Cristo que hace del patíbulo su trono, San Francisco ve cautivada su potentísima sensibilidad por la serena potencia del *Alto y glorioso Dios* al que tantas otras veces se habría dirigido y tantas le quedaban por entonar. La majestad de la divina Alteza se hace para él, inmerso en la indefinición de la búsqueda existencial, un objeto que atrae su deseo y por ello pide aquello de lo que está más falto (“ilumina las tinieblas de mi corazón”), aquello que ve desbordar del rostro del Dios humanado, la luz de la verdad más cierta: que Dios *es*.

La luz que pide Francisco desde el corazón en búsqueda tiene un nombre joánico, *Dios-luz*, y bajo el rostro de las tres virtudes teologales es a Dios a quien este buscador apetece, porque es el *Dios-amor* que en Jesucristo se manifiesta ante Francisco como misericordia encarnada y humildad sublime lo que busca el corazón humano, y este hombre es exquisitamente humano. Desde ese camino de *descentramiento*, desde Spoleto o el leproso del camino, Dios rescata de la lóbrega cárcel del narcisismo del hijo de Bernardone el íntimo sagrario sanfranciscano donde las divinas Personas establecerán su morada en la pureza de una caridad refundada por Dios en su corazón a lo largo de los encuentros fundantes en los que Dios irrumpió en su historia.

Desde la conciencia de que Dios está en el involucrado en esa novedad que palpita en su vida, Francisco pide sentido y conocimiento (*sensum et cognitionem*) que bien se puede traducir como la llave de la sensibilidad con la que el hombre se abre a la realidad y se relaciona con la alteridad para conocer y reconocer, tanto desde la esfera

¹⁴ 3 S 13 (FF 1411).

corporal como de la espiritual, el mandato de Dios ¹⁵. Desde esta hora la compasión por el Crucificado abrasará la piedad cordial de Francisco moviéndolo a hacer, a elegir, a renunciar y siempre con radicalidad y asombrosa *facilidad*, tanta como permanente se alzaba el protagonismo de un ego que permanecía como centro de las más santas y loables decisiones.

Francisco de Asís vive en su carne el desarrollo y evolución de una llamada que lo lleva hacia lo más alto según la medida de su individualidad concreta, egocéntrica y apasionada, en la que se van *imprimiendo* bajo ese fuego que lo inhabita y recrea los rasgos del Hijo de Dios, rasgos que lo harán desapropiarse de sí mismo con la misma connaturalidad con la que un ser viviente lucha por por salvaguardar su única vida. San Francisco vivirá *de bien en mejor subiendo* aquello que el santo de Tarso de nombre Pablo encarnó y predicó mientras portaba en su carne las marcas de la pasión de Cristo: “para mí la vida es Cristo” ¹⁶.

En San Damián empieza el camino que conduce al monte Alverna y que supondrá un salto de fe cotidiano para abandonar a los pies del Crucificado la voluntad de entrega, el deseo de conversión, el afán de santidad y servicio a los leprosos (el primado del “yo” a fin de cuentas) siendo conducido por pura gracia a la pura y simple –probre- contemplación del totalmente Otro impreso en la propia carne, hasta *la médula* del propio corazón.

En La Verna la sensibilidad ante el sufrimiento del leproso y la conmoción ante el Crucificado que tan profundamente lo marcaron hace casi veinte años siguen siendo el fuego que lo purifica mientras parece consumirlo en angustia y temores. Hoy la víctima leprosa es él mismo y la fraternidad convertida en *Orden* que a veces lo invita a recordar el sueño de Nabucodonosor interpretado por Daniel. Herido, turbado, decepcionado y solo. Francisco no es tan distinto al de ayer.

¹⁵ “Ante el Crucifijo de San Damián, la angustia vital de San Francisco se torna compasión con el Crucificado. Hasta aquel momento había experimentado su propia oscuridad interior, su inseguridad y angustia vital. En adelante su sufrimiento encuentra claramente un punto de referencia y un contenido: proseguirá su caridad a los leprosos y la ampliará a todos. [...] Sí, sufrirá con toda criatura que se encuentre en una situación apurada, pues en ella contemplará al Salvador sufriente. LEHMANN, *La oración ante el crucifijo de San Damián*, 75.

¹⁶ Fil. 1, 21.

La experiencia de descubrir en la pequeñez -tantas veces adorada desde el paradigma de Greccio- el lenguaje de Dios, se torna salida de sí en el paso definitivo que lo hará plenamente semejante con Aquél que tanto salió de sí mismo en busca del Padre y de los hombres que nada se reservó ni de sí ni, menos aun, de su obra. En el monte santo y en medio del sufrimiento del pobre todo es *graciosa* contemplación del Dios Uno y Trino, no quedando lugar para nada más que para el *altar* donde esa divina Presencia se revela y se hace alimento de vida eterna: el *nosotros* de la fraternidad.

En dicha *disposición* de San Francisco vemos el subrayado que tantas veces hemos sostenido como columna vertebral del *corpus* ¹⁷ de las Admoniciones: la gracia es iniciativa para celebrar un encuentro secundado por la libertad humana, entendida como capacidad que se posibilita a sí misma en la medida en que se abre a la primera. Esta apertura y abnegación hacen del hombre un *nuevo jardín del Edén* en que no hay más frutos que los que llevan el sello del hombre nuevo, asumido y recreado en el nuevo Adán: las bienaventuranzas.

¹⁷ Zavalloni ofrece desde su estudio psicológico sobre la personalidad del Santo una clarificadora reflexión acerca de cómo la *mística* de San Francisco era un alarde de humanidad y un exceso de libertad donde la gracia no precisó ni de éxtasis ni de tratados sublimes para legar un patrimonio inmenso y menor a la historia de la espiritualidad católica. “Los stato mistico, nella sua essenza, consiste in una vibrazione spirituale che commuove lo spirito da cima a fondo, e in una aspirazione a trascendersi, preoccupazione concettuale per cogliere il divino attraverso la conoscenza e l’amore: in tal modo il divino penetra nel più intimo dell’anima, trasformando la personalità nei suoi modi di pensare, di agire e di sentire. Per giungere a questa unione che lo trasforma, il mistico deve superare molte tappe, alcune delle quali esigono un grande sforzo: l’ascesi. [...] La via regale della mistica non è il ragionamento, ma la fede. Attraverso l’orazione accordata dalla grazia, il mistico giunge alla conoscenza sperimentale di Dio, vale a dire che Dio è sentito, è toccato come da un senso speciale”. ZAVALLONI, *La personalità di Francesco d’Assisi*, 159.